

La intervención extranjera en la guerra civil: un ejercicio de crítica historiográfica

Enrique Moradiellos

Universidad de Extremadura

Las páginas que siguen constituyen un ensayo interpretativo sobre el perfil, entidad y transcendencia de la intervención de potencias extranjeras en el curso y desenlace de la guerra civil española. También constituyen un ejercicio de crítica historiográfica sobre el tratamiento dado a este asunto por el escritor Pío Moa en sus dos últimos, y en gran medida reiterativos, libros: *El derrumbe de la Segunda República y la guerra civil* (Madrid, Encuentro, 2001), y *Los mitos de la guerra civil* (Madrid, La Esfera de los Libros, 2003). Si hubiera que justificar esta vertiente crítica del trabajo, señalaríamos dos razones fundamentales: 1) el propio éxito de ambos libros, denotativo de la existencia de un público preocupado por el tema y dispuesto a asumir las ideas sostenidas por el autor; 2) el hecho de que tales ideas sean, a nuestro leal y falible saber y entender, francamente erradas, como expusimos de modo abreviado al reseñar la primera de las obras citadas ¹. La combinación de perspectivas interpretativas y críticas en el examen de dicha temática en el libro reseñado permitirá demostrar la capacidad de la disciplina histórica para cumplir su doble función intelectual: elaborar conocimiento cierto sobre una

¹ MORADIELLOS, E.: «Amarguras y maniqueísmos», *Revista de Libros*, núm. 61, Madrid, enero de 2002 (en los núms. 65 y 66 de la misma revista, correspondientes a mayo y junio de 2002, se incluyen la réplica del autor y nuestra contestación a la misma). Debemos hacer constar que este trabajo se ha beneficiado de la ayuda financiera del Ministerio de Ciencia y Tecnología al proyecto de investigación BHA2002-00948.

faceta del pretérito de la sociedad humana y, a la par, desvelar aquellos mitos que se ofrecen como imágenes verosímiles de ese mismo pasado.

Los términos del problema de la intervención extranjera en la guerra de España

Empecemos por establecer los términos constitutivos de esta problemática singular de la general de la guerra civil según han sido desarrollados por el debate político (durante la propia guerra y en la posguerra) y por la controversia historiográfica (desde la década de los años sesenta y hasta la actualidad). Tanto los testigos de la época (fueran franquistas, republicanos o más o menos neutrales) como los historiadores posteriores (fueran más proclives a los primeros, a los segundos o a los terceros) han coincidido mayormente en este punto clave: esa intervención exterior, bajo la forma de envíos de armas y combatientes o mediante apoyo financiero y diplomático, fue un factor relevante del conflicto civil español tanto en su desarrollo efectivo como en su desenlace final.

Hasta aquí las unanimidades. Porque a partir de ese acuerdo de principio sobre la importancia del tema, se abren los desacuerdos más patentes. Sobre todo por lo que respecta a cuatro cuestiones específicas. A saber: 1) la *génesis* de dicha intervención (quiénes fueron los primeros en intervenir, cuándo tomaron la decisión y cómo la llevaron a la práctica por vez primera); 2) las *motivaciones* de dicha intervención: razones de orden estratégico, de cálculo político, de interés económico, de carácter diplomático, de afinidad ideológica; de naturaleza clasista; etc.; 3) la *entidad* de esa misma intervención: volumen de armamento remitido, número de efectivos humanos involucrados, cuantía de los préstamos y créditos otorgados, disponibilidad de las facilidades logísticas avanzadas y vigor del respaldo diplomático ofrecido, y 4) la *transcendencia* de esa intervención para el propio resultado de la guerra (la cuestión más compleja por ser la más valorativa, en la medida en que significa ponderar hasta qué punto fue crucial o secundaria esa intervención en la victoria absoluta alcanzada por el bando franquista y la derrota total cosechada por el bando republicano).

En esencia, reduciendo a simple esquema la complejidad de posiciones existentes, cabría decir que todas ellas se organizan sobre la base de dos alternativas básicas y antagónicas.

Para la mayor parte de los protagonistas republicanos (como para gran parte de historiadores pro-republicanos), la respuesta a las cuatro cuestiones señaladas sería: la decidida intervención alemana e italiana (en menor medida portuguesa) en favor de los militares sublevados fue inmediata (quizá incluso anterior al propio inicio de la misma) y se produjo antes de que pudiera materializarse la escasa y espasmódica ayuda francesa, mexicana o soviética a la República; tuvo motivaciones estratégicas y políticas muy definidas (favorecer sus respectivos planes expansionistas, aunque se cubriera, a efectos de propaganda, de un barniz anticomunista respetable para la opinión conservadora internacional); adquirió una entidad mayor, en cantidad, en calidad y en oportunidad temporal, de la que caracterizó a la ayuda externa lograda por el gobierno republicano, y tuvo un impacto trascendente y crucial en la derrota militar republicana y en la victoria sin condiciones del enemigo.

No sería difícil señalar testigos que sostienen todos y cada uno de los términos de esta interpretación canónica republicana. Pero baste recordar las opiniones del presidente de la República, Manuel Azaña, en el exilio francés poco antes de su muerte en 1940. Por lo que hace a la génesis de la intervención italo-germana, estaba convencido de que había antecedido a la frustrada ayuda francesa y que «no ha sido recurso improvisado». En relación a su motivación, no tenía dudas de que «la carta española» era «parte de un plan mucho más vasto, que no se acaba con la transformación del régimen político español» (porque implicaba el dominio de Europa por las potencias del Eje). Referente a su entidad, opinaba que «su peso en las operaciones (militares) ha sido naturalmente decisivo» y no dudaba que había sido de mayor calidad, cantidad y oportunidad que la asistencia soviética a la República: «durante todo el curso de la guerra, la afluencia de material comprado en la URSS ha sido siempre lenta, problemática y nunca suficiente para las necesidades del ejército. La gran distancia, los riesgos de navegación por el Mediterráneo, las barreras levantadas por la no-intervención impedían, por de pronto, un abastecimiento regular». Por eso estimaba que el contexto internacional había sido crucial en el desenlace de la guerra dado que «la política de intimidación del Eje» (su intervención armada en favor de Franco), combinada con «la política de no-intervención» (la retracción anglo-francesa) habían resultado

«desastrosas para la República» y «de ahí le vinieron los mayores daños»².

La alternativa antagónica a esta línea interpretativa fue formulada por el bando franquista durante la guerra y ha tenido decrecientes partidarios en el ámbito historiográfico. Su respuesta a las cuatro cuestiones enunciadas se vertebraría así: la pequeña intervención inicial italo-germana fue posterior a la asistencia previa francesa a la República (en gran medida respondiendo a ella) y su intensificación fue una réplica al arribo de la ayuda directa soviética; sus motivaciones fueron anticomunistas (dada la preocupación de ambas potencias ante la posibilidad de un nuevo Estado bolchevique en Europa occidental) y careció de vinculación con los respectivos programas expansionistas del Tercer Reich o del régimen fascista; su entidad, en volumen, calidad y regularidad, no fue mayor a la que recibió la República de procedencia francesa, soviética o mexicana, y su contribución al desenlace de la guerra fue secundaria dado que ambas ayudas externas se habían neutralizado mutuamente en virtud de su práctica igualdad.

Para poner nombre a esta línea interpretativa tradicional franquista' nada mejor que recordar las opiniones del propio Franco y su mando militar. A tenor de las confesiones del caudillo a su primo y secretario militar, la ayuda italo-germana había sido una respuesta a su petición de auxilio en vista de la «disposición» de Francia y de la Unión Soviética en favor de la República: «El Führer no intervino para nada en la preparación del Alzamiento, y si a los pocos días se decidió a ayudarnos fue por haberlo pedido yo, como tú sabes, como también lo pedí a Mussolini, al ver que Francia y Rusia estaban dispuestas a ayudar a los rojos con una enormidad de material de guerra, tanto en el aire como terrestre». Para el Estado Mayor del Ejército eran transparentes los motivos de esa intervención: «[estaban] interesadas en que nuestra Patria no se convirtiera en una sucursal de la Unión Soviética» (si bien Franco, en la intimidad, creyera que «a Hitler le moviese más la política antifrancesa que el deseo de ayudarnos», lo que no le parecía denunciado dado que «el occidente hizo todo lo posible para que perdiéramos la guerra y la ganase el mundo comunista»). En cuanto a la entidad de esa asistencia, el Estado Mayor enfatizaba que había respondido a la necesidad de contrarrestar la contraria («la descarada intervención

² AZAÑA, M.: *Causas de la guerra de España*, Barcelona, Crítica, 1986, pp. 36-37, 42, 49 y 66.

a favor del bando rojo (...) obligó al mando nacional a solicitar una ayuda más cuantiosa de la que hasta entonces habían prestado las potencias totalitarias») y descartaba que pudiera equipararse a la recibida por el bando enemigo: «Pero esta ayuda extranjera recibida por los nacionales no alcanzó el volumen de la que obtuvieron sus adversarios, y no fue pagada, como lo hicieron éstos, con una total sumisión a las consignas de fuera». Y por lo que hace a su trascendencia, se considera que fue secundaria en virtud de su pequeña entidad y porque otros factores internos inclinaban la balanza en favor del bando propio: «De no ser por la ayuda de los aliados al bando contrario, la guerra no hubiese durado un mes, la hubiéramos ganado nosotros, que teníamos más moral, mejores mandos y representábamos al ejército español con toda su tradición» 3.

La persistencia de estas dos líneas interpretativas en el ámbito historiográfico actual apenas admite dudas. Baste con citar dos testimonios probatorios. El primero, representativo del sector historiográfico afin a la causa republicana, procede del hispanista norteamericano Gabriel Jackson, autor de uno de los primeros libros genéricos sobre el conflicto en la década de los años sesenta:

«Las diversas formas de intervención extranjera fueron de importancia crucial para el curso de la guerra (...)

Fuera de España siempre ha sido axiomático que la victoria de los nacionales se debió en gran medida a la ayuda extranjera. Pero el régimen de Franco, durante los cuarenta años de monopolio de la censura en el país, cultivó el mito de que un levantamiento patriótico popular había liberado a España del comunismo internacional. En esa mitología, la Unión Soviética, las Brigadas Internacionales y el gobierno del Frente Popular de Léon Blum (en Francia) fueron las únicas fuerzas de intervención extranjera de importancia. Italia, Alemania y Portugal eran simpatizantes, pero prestaron más apoyo moral que material a la causa nacionalista. En cuanto a la contribución de los capitalistas ingleses y americanos, ni una sola palabra. Pero sólo teniendo en cuenta la abrumadora ayuda militar, financiera y diplomática prestada al general Franco cabe comprender la serie casi ininterrumpida de victorias nacionalistas, las expresiones de indignación contenidas en los discursos pronunciados por el presidente Azaña durante la guerra, el "pesimismo" del ministro de Defensa, Prieto, la política de resistencia encarnada

1 Las palabras de Franco (de 1965 y 1968) proceden de FRANCO SALGADO-A-RAUJO, F.: *Mis conversaciones privadas con Franco*, Barcelona, Planeta, 1976, pp. 453 Y 533. Las otras citas proceden de *Síntesis histórica de la Guerra de Liberación, 1936-1939*, Madrid, Servicio Histórico Militar, 1968, p. 66.

por Negrín, y la constante invocación del derecho internacional y aun de los intereses egoístas por parte tanto del presidente como del jefe del gobierno en 1937. Todas las decisiones técnicas adoptadas por la Sociedad de Naciones y todas las declaraciones del Comité de No Intervención obedecían a los mismos fines, a saber, despojar a la República de sus derechos como gobierno legítimo y disimular la ayuda prestada a los nacionales» 4.

El segundo testimonio proviene de un historiador español afín a la causa franquista, Ricardo de la Cierva:

«Las potencias, entonces en trance de reordenación hegemónica, aplicaron al conflicto español la regla habitual en los conflictos localizados durante este siglo: la aportación equilibrada de ayuda a cada uno de los bandos. La intervención extranjera, invocada y conseguida simultáneamente por cada uno de los bandos, resultó relativamente contrapesada. Los países fascistas, Italia y Alemania, ayudaron a la España de Franco; la Unión Soviética y los gobiernos izquierdistas de Francia y Méjico favorecieron a la República. Las aportaciones humanas y materiales a favor de la República se adelantaron durante la fase decisiva de la intervención (el año 1936) a las recibidas por el bando nacional, y las superaron netamente en calidad aunque no en rendimiento, por el espíritu de desidia, desorganización y absurdo derroche que reinaba en el bando del gobierno. Atribuir la derrota de la España republicana a falta de medios es prolongar históricamente las excusas de la ineptitud y el derroche republicano. Claro que éste es otro de los acreditados puntos de la mitología vencida» 5.

La inexistente novedad de la aportación de Pío Moa

Tras este necesario introito, llegamos al segundo objetivo de este artículo: ¿qué papel desempeña la obra de Pío Moa en esa polémica político-historiográfica sobre la intervención extranjera en la guerra civil? Dicho llanamente: un papel limitado de publicista divulgador por las razones señaladas en la primera reseña sobre *El derrumbe de la Segunda República y la guerra civil*. De hecho, en este punto se concretan a la perfección las carencias entonces anotadas: reproducción acrítica de las líneas argumentales de la propaganda franquista y la historiografía afecta; radicalización maniquea de las tesis de auto-

4 *Entre la reforma y la revolución, 1931-1939*, Barcelona, Crítica, 1980, pp. 26-27.

5 *Historia del Franquismo. Orígenes y configuración (1939-1945)*, Barcelona, Planeta, 1975, p. 80.

res franquistas o genéricamente conservadores; ausencia de pruebas documentales que corroboren los juicios expuestos; parcialidad en el uso de la producción historiográfica especializada disponible; desconocimiento o repudio de investigaciones descartadas *a priori* por razones inexplicadas; etc.

y dicho todo lo anterior sin mengua de reconocimiento a la efectividad publicística del estilo discursivo del autor, cuyas cualidades retóricas tronantes (en la mejor pose del *enfant terrible*), probablemente están en la base de su éxito mediático entre un sector del público lector de obras históricas en España.

Enunciadas las carencias «metodológicas» y de otro tipo que sustentaban nuestro juicio negativo sobre la obra de Pío Moa, procede ahora demostrar esta valoración. Y a fin de no caer en el fácil expediente de acusar sin probar, nos permitiremos seguir un procedimiento consagrado académicamente para ejercer esta tarea crítica: primero la *lectio* y sólo luego la *comentatio* y *disputatio*. En consecuencia, trataremos primero de re-exponer literalmente lo que su obra dice sobre las cuatro cuestiones básicas del asunto: génesis, motivos, entidad y transcendencia de la intervención de potencias extranjeras en la contienda española. Y sólo después de esta labor nos ocuparemos de contrastar sus juicios con el conocimiento acumulado por la historiografía especializada en el tema y con las fuentes documentales disponibles sobre el particular. En el contraste entre esos juicios y esas pruebas podrá verse la validez de la negativa evaluación del señor Moa en calidad de historiador riguroso y veraz. Y como quiera que la tarea será prolija, esta forma de exposición crítica se atenderá a cada una de las cuatro cuestiones enunciadas.

Primera cuestión: la génesis de la intervención extranjera

En relación con la génesis de la intervención de potencias extranjeras en la contienda desatada por la sublevación militar del 17 de julio de 1936, Pío Moa es tradicionalista y franquista, sin asomo de ironía: en el sentido de reflejar la versión tradicional del bando franquista.

En su primera referencia al asunto (p. 358) afirma: «Tanto el gobierno como los rebeldes se apresuraron, simultáneamente, a buscar armas en el exterior. Madrid probó en Francia y Alemania, *con éxito*

en la primera y fracaso en la segunda. Los rebeldes tuvieron *éxito en Alemania e Italia* poca suerte en Inglaterra y rechazo en Francia; también encontraron ayuda en Lisboa» (salvo mención contraria, los subrayados son siempre nuestros). Como veremos, el grave reparo consiste en equiparar el «éxito» de los rebeldes en Alemania e Italia con el «éxito» de la República en Francia. Y prosigue reconociendo la falsedad de imputar precedencias temporales a unos u otros: «Hoy está claro que el mismo día, 19 de julio, empezaron unos y otros». Pero aquí aparece ya una práctica habitual del señor Moa poco apreciada por los historiadores: esas afirmaciones están desprovistas de la pertinente nota a pie de página para revelar sus fuentes informativas, sean libros genéricos, monografías o documentos de archivo. Cuando menos, esta desidia en la referenciación de las «fuentes informativas» es una carencia reprochable. No en vano, desde los debates exegéticos en tiempos de la Reforma es práctica consagrada el uso de notas marginales para dar la referencia explícita de todos los documentos u obras utilizadas.

La siguiente referencia (p. 365) es ya una reproducción de la idea franquista de que la ayuda francesa (la decisión y la materialización) fue anterior a la ayuda italo-germana: «A fines de julio [de 1936] llegaron a ambos bandos las primeras remesas [de suministros extranjeros], *algo antes las francesas al Frente Popular*». Aclarada la primacía gala y la consecuyente reacción italo-germana, la tercera referencia declara que ya en su génesis, la intervención extranjera estuvo equilibrada: «A principios de agosto [de 1936] los dos países [Italia y Alemania] habían comprometido *tanto material* como Francia: 21 aviones de combate italianos y 26 alemanes, en su mayor parte de transporte, frente a 50 cazas y bombarderos franceses» (p. 366). Subrayamos esta afirmación de virtual equilibrio (47 aviones para Franco, 50 para la República) porque alude a un tema crucial que examinaremos de inmediato. Y también nos permitimos remarcar que dicha afirmación (definitoria de muchas cosas por activa y pasiva: ¿acaso los aviones italianos y alemanes no eran también cazas y bombarderos, como los franceses?, ¿por qué calificar «de transporte» a los bombarderos J52?), igualmente se presenta desprovista de nota a pie de página. De todos modos, aventuramos una fuente: el ex combatiente franquista e historiador militar Jesús Salas Larrazábal, autor de *La guerra de España desde el aire* (Barcelona, Ariel, 1969) y de *Intervención extranjera en la guerra de España* (Madrid, Editora

Nacional, 1974), o quizá su reputado hermano, igualmente ex combatiente e historiador militar, Ramón Salas Larrazábal, autor de *Los datos exactos de la guerra civil* (Madrid, Rioduero, 1980).

Expuestas las afirmaciones de Pío Moa sobre la cuestión, ha llegado el momento de demostrar su falsedad, sin duda razonable en términos historiográficos (esto es: documentales probatorios). Tanto por lo que respecta a la supuesta primacía temporal de la ayuda militar francesa frente a la italo-germana como por lo que hace a la equiparación de volumen de ambos envíos (particularmente de aviones, los elementos bélicos más fáciles de contar y mejor estudiados).

Para empezar, el señor Moa yerra al señalar el volumen de la ayuda en aviones prestada por Italia y Alemania *a principios de agosto de 1936*. Para entonces no eran 21 italianos y 26 alemanes. ¿Cómo lo sabemos con certeza? Porque una gran parte de la documentación de los archivos diplomáticos y militares de la Italia fascista y de la Alemania nazi fue capturada por los ejércitos aliados en 1944-1945, fue publicada (en series impresas: *Documents on German Foreign Policy; Documenti Diplomatici Italiani*) y fue abierta a la consulta de los investigadores a partir de los años cincuenta. Se trata, en el caso alemán, del Archivo del Ministerio de Negocios Extranjeros (Berlín) y los Archivos Militares (Friburgo), y, en el italiano, del Archivo Centrale dello Stato y el Archivo Storico del Ministero degli Affari Esteri (que custodia el «Ufficio Spagna», organismo creado para la gestión de la intervención italiana en la guerra).

Sobre la base de la documentación interna de esos organismos estatales, es posible decir con certeza que las cifras avanzadas por Pío Moa son equivocadas. Así lo han demostrado historiadores como John Coverdale (*La intervención fascista en la guerra civil española*, 1979; edición original inglesa de 1975), Raymond I. Proctor (*Hitler's Luftwaffe in the Spanish Civil War*, 1983), Ismael Saz Campos (*Mussolini contra la Segunda República*, 1986), o Ángel Viñas (*Franco) Hitler y el estallido de la guerra civil*, 2002; primera y segunda edición de 1975 y 1977).

Por ejemplo, la cifra de 21 aviones italianos «a principios de agosto de 1936» es desmentida por los cálculos del «Ufficio Spagna». El primer envío italiano de material aeronáutico fueron 12 aviones de bombardeo Savoia-Marchetti (S81), que partieron de Cerdeña

hacia el Marruecos español el 30 de julio de 1936⁶. A esa primera docena (de la cual sólo llegaron 9 por estrellarse los tres restantes en territorio africano francés) habría que añadir otros 27 cazas remitidos el día 7 de agosto (junto con 5 tanques, 40 ametralladoras y 12 cañones, amén de municiones y gasolina)⁷. Con lo que se alcanza la cifra total de 39 aviones de combate remitidos (36 llegados) a principios de agosto de 1936: casi el doble de la cifra apuntada por Moa. Así lo demuestra un informe del «Ufficio Spagna» de 28 de agosto. Con la salvedad de que ese cómputo no incluye 3 hidroaviones enviados a Mallorca el 13 de agosto ni 6 cazas remitidos a igual destino el 19 de agosto⁸. Si se sumaran todos estos envíos, la cifra de aviones remitida por Mussolini a Franco antes de cumplirse el mes del inicio de la guerra civil *ascendería a 48 aparatos*.

Si la cifra de aviones italianos está infracuanticada, otro tanto cabe decir de la cifra de 26 aviones alemanes. El primer envío de material aeronáutico remitido por Hitler a Franco tuvo lugar el 29 de julio de 1936 y consistió en 20 aviones de bombardeo Junker 52 (Ju52) y 6 aviones de caza Heinkel51 (He51)⁹. Pero si hablamos del mes de agosto (como Pío Moa hace, aunque fuera su primera mitad), deberíamos incluir otros 6 cazas He51 y 2 bombarderos Ju52, solicitados «en los primeros días de agosto» por Franco y remitidos el 14¹⁰. En total, la ayuda aeronáutica germana a menos de un mes del inicio de la guerra había alcanzado la cifra total de 34 aparatos. y una semana antes de terminar el mes se había incrementado con la remisión de otros 7 aparatos. En total: 41 aparatos alemanes¹¹.

En resumen: antes de finalizar el mes de agosto de 1936, Franco había recibido 48 aviones de combate procedentes de Italia y 41 de Alemania, lo que hace *un total de 89 aparatos*. Es un volumen

⁶ COVERDALE, J.: *La intervención fascista en la guerra civil*, Madrid, Alianza, 1979, pp. 21-22, YSAZ, I.: *Mussolini contra la Segunda República*, Valencia, Institució Valenciana d'Estudis e Investigació, 1986, pp. 184-186

⁷ COVERDALE, J.: *La intervención fascista en la guerra civil*, op. cit., p. 94.

⁸ COVERDALE, J.: *La intervención fascista en la guerra civil*, op. cit., pp. 107 Y 131.

⁹ PROCTOR, R. L.: *Hitler's Lu/twaffe in the Spanish Civil War*, Westport, Greenwood Press, 1983, p. 20, YVIÑAS, Á.: *Franco, Hitler y el estallido de la guerra civil*, Madrid, Alianza, 2002, p. 414.

¹⁰ PROCTOR, R. L.: *Hitler's Lu/twaffe in the Spanish Civil War*, op. cit., p. 33, YVIÑAS, Á.: *Franco, Hitler y el estallido de la guerra civil*, op. cit., p. 430.

¹¹ Según informaron los alemanes al «Ufficio Spagna». COVERDALE, J.: *La intervención fascista en la guerra civil*, op. cit., p. 107.

superior a los 47 aparatos italo-germanos recogidos por Pío Moa. y también superior a la cincuentena que consigna como envíos aeronáuticos de Francia a la República en ese mismo período. Por sí misma, la cifra de 89 aparatos permitiría impugnar la afirmación de que ambas intervenciones tuvieron similar entidad y se contrarrestaron.

Aparte de esta *verdad histórica* demostrada, hay algo de mayor calado: la cifra de 50 aviones remitidos por Francia hasta agosto de 1936 es falsa. Pasemos a probarlo sobre la base de la documentación procedente de los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores (París), de los archivos militares (Toulouse y París), de los archivos departamentales fronterizos con España y de los archivos de las compañías aeronáuticas francesas. Los historiadores que se han ocupado del tema sobre esa base documental primaria y fiable son varios (Juan Avilés y David W. Pike, a título de ejemplo)¹². Pero destaca sobre todo un autor injustamente despreciado por Pío Moa (aunque dignamente considerado por Ramón Salas): Gerald Howson, autor de dos estudios canónicos por su rigor, *Aircraft of the Spanish Civil War* (1990) y *Armas para España* (2000; edición inglesa, 1998).

Es conocido el proceso abierto por la demanda de ayuda militar remitida por el gobierno español a su homólogo francés, presidido por el socialista Léon Blum e integrado por una coalición de socialistas y radicales: el 21 de julio de 1936 se acepta reservadamente la petición; el 25, vista la tormenta política desatada por las derechas y tras comprobar la censura del aliado británico, el gobierno rescinde su decisión y decide «no intervenir» en el conflicto español; tras la llegada de noticias fidedignas de la intervención italiana (dos de los S81 se estrellan en territorio francés en Marruecos y Argelia), Blum revoca su decisión no-intervencionista y abre la posibilidad de vender armas a la República; el 8 de agosto, en atención a la agitación interior y a la oposición británica, el gobierno reitera su voluntad de «no intervenir» y propone a todas las potencias europeas la firma de un Acuerdo de No-Intervención (un pacto de embargo colectivo de armas con destino a ambos contendientes); el 15 de agosto Francia y Gran Bretaña suscriben el acuerdo y, antes de fin de mes, todos

¹² AVILÉS, J.: *Pasión y farsa. Franceses y británicos ante la guerra civil*, Madrid, Eudema, 1994, y PIKE, D. W.: *Les Français et la guerre d'Espagne*, París, PUF, 1975.

los gobiernos europeos se adhieren y se integran en el Comité de supervisión establecido en Londres.

La importancia de esta secuencia histórica no es poca. El 25 de julio el gobierno de Francia decide, por impotencia, «no intervenir» en España (es decir, retirar al ejecutivo republicano su derecho a comprar armas, equiparándolo *delacto* con los insurgentes en el ámbito clave del suministro bélico). Ese mismo día, Hitler decidía atender en secreto la demanda de ayuda remitida por Franco sabiendo que Francia ha renunciado a su primera intención, que Gran Bretaña ha expresado su voluntad neutralista y su encubierta hostilidad antirrepublicana, y que la Unión Soviética no manifestaba signos de interés prioritario por la cuestión y secundaba la iniciativa francesa. Y ese mismo día 25, con información sobre lo que sucedía en París, Londres, Berlín y Moscú, Mussolini empieza a considerar una respuesta positiva a la petición de ayuda de Franco (que confirmará dos días después).

La secuencia permite extraer dos conclusiones lesivas para la interpretación franquista reactualizada por Pío Moa: desmiente que hubiera un período de «iniciativa» intervencionista militar francesa, y demuestra que «Hitler se adelantó a otros potenciales intervinientes»¹³. Y no sólo eso: la investigación histórica desmiente que hubiera habido envíos militares franceses, generales o aeronáuticos, antes del 7 de agosto de 1936. En otras palabras: no hay ni rastro de los supuestos 50 aviones remitidos por el gobierno francés antes de esa fecha. Recurramos a Howson:

«Ningún avión, francés o de cualquier otra nacionalidad, llegó a la zona republicana antes del 7 u 8 de agosto. Todos los servicios aéreos con destino a España habían quedado suspendidos en la madrugada del 18 de julio, y los únicos aviones que cruzaron la frontera entre esa fecha y el 8 de agosto fueron los Douglas DC-2 de la LAPE (Línea Aérea Postal Española), que transportaron el oro a París los días 25, 26 Y 30 de julio (regresando inmediatamente), los solitarios aviones postales franceses, a los que se había permitido mantener el servicio dos veces al día entre Toulouse y Barcelona, y cuatro o cinco viejos aeroplanos Latécoere de 28 pasajeros sacados del depósito con objeto de evacuar de Barcelona y Alicante a ciudadanos franceses, a partir del 28 de julio. En la época nadie dijo esto en voz alta, los desmentidos oficiales fueron tachados de maniobras de encubrimiento y tomó cuerpo el bulo de que entre veinte y cincuenta "aviones militares"

¹³ VINAS, Á.: *Franco, Hitler y el estallido de la guerra civil*, op. cit., p. 416. Cfr. SALAS, J.: en *Intervención extranjera en la guerra de España*, p. 34.

franceses se habían entregado a los republicanos antes del 9 de agosto de 1936»¹⁴.

¿Quiere esto decir que no hubo ayuda francesa, aeronáutica o de otro tipo, antes del 7 de agosto? Así es: la supuesta partida de aviones carece de confirmación documental en archivos franceses (pese a que «la policía y el cuerpo de aduanas franceses vigilaron de cerca el tránsito por la frontera española de Cataluña durante el verano y otoño de 1936»), en tanto que la pretendida remesa de armas embarcada en Marsella en el mercante *Ciudad de Tarragona* no tuvo lugar, como supo el gobierno italiano a través de su cónsul en la ciudad ¹⁵.

¿Quiere esto decir que no hubo ayuda francesa en todo el mes de agosto? No. La ayuda francesa *empezó a materializarse* a partir del 7 de agosto, justo después de saber que Italia estaba enviando aviones a Franco y en vísperas de la decisión gubernamental de replegarse en la No Intervención multilateral. Y consistió en 13 aviones de caza Dewoitine (D372) y 6 bombarderos Potez 54. Con una particularidad que contrastaba con las remesas italo-germanas: los aviones tuvieron que ser pagados en efectivo a precio elevado (no a crédito, como en el caso italo-germano) y fueron entregados desarmados, sin pilotos y sin equipamiento para armas ¹⁶.

¿Hay más pruebas (al margen de la documentación francesa) que demuestren la falsedad de la prioridad intervencionista francesa y su entidad de volumen similar a la de ayuda italo-germana? Sí: la propia documentación interna de los insurgentes militares. Un documento reservado del Ministerio de Asuntos Exteriores del general Franco, de autor anónimo y sin fecha (pero de julio de 1938 por razones evidentes), permite concluir que no hubo suministros militares franceses antes del 8 de agosto y que su volumen fue modesto:

«Al principio de la guerra civil española la intervención por parte de Francia en favor de la España roja, *no se manifestó inmediatamente* porque no era previsible el alcance del Movimiento (...) Después de dos o tres

¹⁴ *Armas para España. La historia no contada de la guerra civil*, Barcelona, Península, 2000, p. 57.

¹⁵ SAZ, I.: *Mussolini contra la Segunda República*, op. cit., pp. 196-200; HOWSON, G.: *Aircra/t o/ the Spanish Civil War*, Londres, Putnam, 1990, pp. 12, 112 Y252, YHOWSON, G.: *Armas para España*, pp. 150-151.

¹⁶ HOWSON, G.: *Armas para España*, op. cit., pp. 76 Y355-359.

meses [esto es, entre la segunda mitad de septiembre y la segunda mitad de octubre de 1936] pareció evidente que el gobierno se veía envuelto en una verdadera guerra, y entonces comenzó a realizarse la intervención de Francia solicitada por Madrid y por los Partidos extremos del Frente Popular francés, en favor de la España roja. Tal intervención asume en breve proporciones imponentes que culminaron en el verano de 1937 y se mantuvieron en la misma medida elevada durante un año, esto es hasta finales de julio del corriente año [1938J»¹⁷.

Omitimos extendernos en la glosa de este documento. Todas sus referencias cronológicas coinciden con la información de fuentes francesas: no hubo envíos militares antes del 7 de agosto y éstos fueron de poca importancia; en el otoño de 1936, demostrada la continuidad de la intervención italo-germana pese a la firma del Acuerdo de No Intervención, Blum comenzó a practicar la «no-intervención relajada» (la tolerancia hacia el contrabando a través de la frontera pirenaica de armas compradas por la República en diversos lugares); el período de mayor permisividad se produjo durante el verano de 1937 (con ocasión de la crisis diplomática de aquella coyuntura, permitiendo el inicio de las primeras ofensivas militares republicanas en Brunete y Belchite), y en junio de 1938 tuvo lugar el cierre definitivo de la frontera francesa al paso de armamento (clausurando entonces la única vía de comunicación terrestre de la asediada República).

En otras palabras: la investigación histórica ha demostrado la falsedad de las afirmaciones tradicionales franquistas recuperadas por Pío Moa: *la intervención francesa no precedió a la italo-germana y tampoco tuvo su misma entidad en volumen y calidad durante esos primeros meses cruciales del conflicto*. Todo lo contrario. Hasta el comienzo de la ayuda militar soviética (a principios de octubre de 1936, como hemos de ver), la ayuda italo-germana recibida por Franco superó a la recibida por la República de otras procedencias. Otra vez Howson resulta inexcusable:

«Con respecto a los aviones (adquiridos por la República en el extranjero), ahora es posible calcular su número (con un escaso margen de error de dos o tres: veintiséis aviones militares franceses modernos sin armas

¹⁷ «Intervención francesa en España», reproducido en MURADIELLOS, E.: *El reñidero de Europa. Las dimensiones internacionales de la guerra civil española*, Barcelona, Península, 2001, pp. 120-121.

ni medios para instalarlas; dieciséis aeroplanos civiles franceses, en su mayoría viejos y o bien aviones de pasajeros pequeños o bien entrenadores, y catorce aeroplanos civiles procedentes de Gran Bretaña, de los que sólo los cuatro De Havilland Dragan, lentos y prácticamente sin defensas, podían utilizarse durante breve tiempo como bombarderos ligeros en situaciones que no hubiera oposición. Finalmente, había cuatro aviones militares, desde hacía tiempo inservibles y bastante vetustos que, aunque hubieran sido entregado armados -que no fue precisamente el caso-, no habrían servido para ningún fin militar»¹⁸.

Segunda cuestión: las motivaciones de las potencias intervencionistas

En la cuestión de las motivaciones de las potencias intervencionistas, Pío Moa también aparece sustancialmente como un reproductor de la tesis interpretativa franquista sin apenas variación.

Por lo que respecta a los motivos de Francia para intervenir inicialmente y luego retirarse a prestar una ayuda «bajo cuerda», el señor Moa (pp. 365-366) alude a las razones de afinidad política y legalidad jurídica para la primera decisión («el argumento del Frente Popular hispano como régimen democrático, internacionalmente reconocido y con derecho a adquirir armas para defenderse de una agresión fascista») y a las razones de estabilidad política interna y seguridad externa para el segundo curso («pronto hubo Blum de tomar cautelas ante el escándalo de un sector de su país, inquieto por el riesgo de conflicto con Alemania (...) Además estaba el temor al contagio revolucionario»). Con una feliz novedad: por fin aparece una nota al pie que informa de las «fuentes informativas» que avalan ese juicio (una de 1938 y otra de 1974)¹⁹. Nada que objetar en esencia a esa afirmación sobre las motivaciones de los gobernantes franceses y sólo lamentar que no se utilicen otros trabajos posteriores a los citados (y basados en inéditas fuentes internas francesas) que hubieran servido para matizar algunos aspectos, actualizar perspec-

¹⁸ HOWSON, G.: *Armas para España*, op. cit., pp. 149-150.

¹⁹ Nada menos que TOYNBEE, A. J.: *Survey o/ International Affairs. The International Repercussions o/the Spanish Civil War*, Londres, Royal Institute of International Affairs, 1938, y la ya citada de SALAS LARRAZÁBAL, J.: *Intervención extranjera en la guerra de España*.

tivas y subrayar la genuina preocupación política-estratégica (y no sólo ideológico-doctrinaria) ²⁰.

En la ponderación de las razones de la intervención italo-germana, Pío Moa es escueto pero rotundo: «Al *Duce*, como a Hitler, esta guerra le ofrecía la ocasión de probar su material y sus tácticas de combate y de ganar un aliado estratégico». Sin olvidar la mención, para el caso germano, del interés económico por las materias primas españolas (pp. 351-352). No es un retrato completamente errado, pero altera el peso respectivo de cada factor concurrente, en la medida en que subraya equivocadamente la preponderancia de cálculos logístico-militares o económicos, en detrimento de las siempre prioritarias e inicialmente exclusivas razones político-estratégicas.

Como quiera que la apoyatura bibliográfica utilizada por Pío Moa es poco actualizada, esa percepción sobre los motivos de la temprana decisión tomada por Hitler y Mussolini para intervenir en ayuda de los militares insurgentes españoles no resulta sorprendente. Si hubiera dedicado más atención a los trabajos de Angel Viñas, John Coverdale e Ismael Saz citados (amén del estudio de Robert I. Whealey, *Hitler and Spain. The Nazi Role in the Spanish Civil War*) Lexington, Kentucky University Press, 1989), quizá habría matizado su redacción. Todos esos autores estiman como determinantes de esa decisión del Führer y del Duce las consideraciones de orden político-estratégico. Ambos estimaron que el rápido envío a Marruecos de una ayuda aérea militar (en principio) limitada y encubierta podría dar la victoria a Franco y alterar a bajo coste y riesgo el equilibrio estratégico europeo-occidental, en la medida en que un régimen democrático y pro-francés (todavía más si se convertía en satélite pro-soviético) sería sustituido por otro afín al Tercer Reich y a la Italia fascista o estrictamente neutral, favoreciendo así la viabilidad de los respectivos planes expansionistas en Europa central y en el Mediterráneo. Además, ambos apreciaron la oportunidad que hacía viable su arriesgada apuesta: habida cuenta del amago de revolución social perceptible en la retaguardia republicana, cabía presentar esa ayuda ante los atemorizados gobernantes franceses y británicos como una desinteresada contribución al aplastamiento del comunismo en el otro extremo de Europa, aminorando sus posibles recelos con una jus-

²⁰ MARTÍNEZ PARRILLA, J.: *Las fuerzas armadas francesas ante la guerra civil española*, Madrid, Ejército, 1987, y SAGNES, J., y CAUCANAS, S. (eds.): *Les Français et la guerre d'Espagne*, Perpignan, Université de Perpignan, 1990.

tificación conveniente y encomiable. Una estimación avalada por la estricta neutralidad adoptada por el gobierno conservador británico desde el principio, tan determinada por su prevención antirrevolucionaria como por su compromiso con una política de apaciguamiento de Italia y Alemania, destinada a evitar a casi cualquier precio una nueva guerra en el continente.

La prioridad de esas razones de cálculo político-estratégico sobre cualesquiera otras quedan confirmadas por un documento revelador: las instrucciones reservadas que el propio Führer impartiría a su embajador ante Franco en noviembre de 1936:

«Su misión consiste única y exclusivamente en evitar que, una vez concluida la guerra, la política exterior española resulte influida por París, Londres o Moscú, de modo que, en el enfrentamiento definitivo para una nueva estructuración de Europa -que ha de llegar, no cabe duda-, España no se encuentre del lado de los enemigos de Alemania, sino, a ser posible, de sus aliados»²¹.

Más detallado es el análisis de Pío Moa sobre los motivos de la intervención soviética en apoyo a la República, si bien igualmente tradicional franquista. En la página 352 se encuentra un resumen de las razones de la actitud de las grandes potencias, que incluye como último término a la Unión Soviética:

«En síntesis, el interés de las potencias fascistas en el conflicto español estaba en aprovecharlo como campo de experiencia bélica y para ampliar su esfera de influencia, aunque de manera limitada; el de las democracias, en mantenerlo aislado y asegurar que la influencia germano-italiana en España no saliese de lo controlable, y *el de la URSS, en darle el mayor relieve y extenderlo por el oeste europeo*».

Dicho en otras palabras: Pío Moa sostiene la «hipótesis del pérfido Stalin», que «intentaba ganar tiempo y desviar el conflicto hacia occidente, sin excluir por ello el pacto con Hitler» (pp. 287-288). A tenor de esta versión dominante en círculos franquistas y anti-comunistas, la conducta de Stalin en España fue una tentativa de fomento de la revolución social mediante la creación de un estado satélite y la provocación de una guerra general europea. Una versión opuesta a la alternativa «hipótesis del honesto Stalin», favorecida

21 VÍÑAS, Á.: *La Alemania nazi y el 18 de julio*, p. 363, nota 6.

por sectores pro-republicanos, que entiende esa política como un intento de sostenimiento de un régimen democrático en oposición al expansionismo del Eje italo-germano y con la esperanza de forjar una alianza con las democracias occidentales en defensa de la paz y la seguridad colectiva.

Hasta hace poco tiempo, el problema para tratar de resolver las contradicciones entre ambas hipótesis radicaba en un hecho relevante: mientras que el análisis de las motivaciones franco-británicas o italo-germanas se hizo factible con la apertura de sus archivos oficiales, en el caso soviético la disponibilidad documental no fue posible hasta la desintegración de la URSS en 1991. Desde entonces, la apertura intermitente de tres grandes repositorios moscovitas ha permitido cambiar el panorama: el Archivo Militar del Estado Ruso, el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de Rusia y el Centro de Conservación y Estudio de la Documentación de Historia Contemporánea (que custodia los fondos de la Internacional Comunista).

Lo que resulta insólito es que Pío Moa prescinde de casi cualquier referencia a las investigaciones de autores que han examinado esos nuevos fondos: Jonathan Haslam (*The Soviet Union and the Struggle for Collective Security in Europe 1933-1940*) 1984), Geoffrey Roberts (*The Soviet Union and the Origins of the Second World War*) 1995) y Ronald Radosh, Mary R. Habeck y Grigory Sevostianov (autores de *España traicionada. Stalin y la guerra civil*) 2002; edición inglesa, 2001). Sobre todo teniendo en cuenta que, aparte del carácter monográfico del estudio de Radosh y su equipo, los otros han abordado el tema de la intervención soviética en España en artículos relevantes²². Dejamos fuera de la lista a otros tres autores que han utilizado esos archivos y son citados (y maltratados): Howson (pp. 518-519 para muestra de desprecio) y Marta Bizcarrondo y Antonio Elorza, autores de *Queridos camaradas. La Internacional Comunista y España*) 1919-1939) del año 2000 (como ejemplo de trato despectivo, véase p. 288).

Si Pío Moa hubiera prestado atención a esta abundante producción bibliográfica, habría podido señalar que el giro de la política

²² HASLAM, J.: «The Soviet Union, the Comintern and the Demise of the Popular Front», en GRAHAM, H., y PRESTON, P. (eds.): *The Popular Front in Europe*, Londres, MacMillan, 1987, y ROBERTS, G.: «Soviet Foreign Policy and the Spanish Civil War», en LEITZ, C., y DUNTHORN, D. J. (eds.): *Spain in an International Context*, Oxford, Berghahn Books, 1999.

soviética en España (de la «simpatía platónica» a la intervención armada) se produjo durante la primera quincena de septiembre de 1936. En particular, que la decisión de intervenir la tomó Stalin el 14 de septiembre y que dos días después ya estaba en funcionamiento la «operación X» a cargo de oficiales del servicio de inteligencia militar, como ha demostrado Gerald Howson (cap. 17 de *Armas para España*). También habría podido indicar que la primera remesa marítima de envíos bélicos soviéticos arribó a Cartagena el 4 de octubre de 1936. Y respecto a los motivos de Stalin para arriesgarse a dar ese paso y abandonar la política de no-intervención adoptada al principio de la guerra, hubiera sido conveniente citar el siguiente documento publicado por Elorza y Bizcarrondo procedente del Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores. Son las instrucciones que el titular del ministerio, Maxim Litvinov, redactó a principios de septiembre de 1936 para el embajador soviético en Madrid:

«Hemos discutido en reiteradas ocasiones el problema de la ayuda al gobierno español después de su partida, pero hemos llegado a la conclusión de que *no era posible enviar nada desde aquí* (oo.). Nuestro apoyo proporcionaría a Alemania e Italia el pretexto para organizar una invasión abierta y *un abastecimiento de tal volumen que nos sería imposible igualarlo* (...). No obstante, si se probara que pese a la declaración de No Intervención se sigue prestando apoyo a los sublevados, *entonces podríamos cambiar nuestra decisión*»²³.

Como estos datos no son tenidos en cuenta, Pío Moa sigue aferrado a la idea de que Stalin pretendía con su ayuda a la República forzar un enfrentamiento armado entre las democracias y el Eje para estimular la revolución social en Europa. Y tal idea, en formato excluyente, queda desmentida por varios episodios de la conducta soviética en España, sin que por ello sea obligada la admisión, igualmente en formato excluyente, de la alternativa del honesto Stalin. Es más fructífero atender a los varios motivos (concurrentes o divergentes) que operaron en la formulación de la respuesta de Stalin a la crisis española, siempre bajo esa omnipresente preocupación por la seguridad del régimen soviético (muy vulnerable ante un potencial ataque germano-japonés con la aquiescencia franco-británica). Así, cabe disentir de la versión franquista a la vista del documento 55 que incluye Radosh en su estudio: la prohibición de Stalin para que «los

²³ *Queridos camaradas*, Barcelona, Planeta, 2000, p. 460.

aviones bombardeen buques italianos y alemanes»²⁴. Era una reacción moderada y «contrarrevolucionaria», en vista de la oportunidad para desencadenar un conflicto general que planteó Hitler a finales de mayo de 1937 con su decisión de bombardear Almería en represalia por el hundimiento del acorazado *Deutschland* en el puerto de Palma (origen de la ya aludida crisis del verano de 1937).

Por las mismas razones de evidencia documental, cabe refutar la idea de que Stalin no abrigó cálculos estratégicos de gran potencia (desprovistos de carga «subversiva» oculta) a la hora de decidir enfrentarse al Eje italo-germano en España. Al menos así lo indica un informe del vicejefe del servicio secreto militar soviético de principios del año 1937:

«Una victoria de los fascistas en España puede crear las condiciones para reforzar la agresividad de todos los Estados fascistas; en primer lugar y ante todo, de la Alemania hitleriana, profundizando extraordinariamente el peligro de guerra en Europa, en especial de un ataque de Alemania contra Checoslovaquia y otros países democráticos y de una guerra contrarrevolucionaria contra la URSS»²⁵.

Sobre este punto, el grado de certeza alcanzado por la historiografía no es tan categórico como el alcanzado en torno a la génesis de la intervención extranjera. Pero no cabe seguir reproduciendo las versiones franquistas centradas en la perfidia intrínseca de las motivaciones soviéticas. Sería tan absurdo como conceder crédito completo a la idílica imagen de motivos de solidaridad fraternal dibujada en el retrato ofrecido por la obra dirigida por Dolores Ibárruri²⁶.

Tercera cuestión: la entidad de la intervención extranjera

Aunque la entidad de la primera ayuda en el verano de 1936 ha sido ya tratada, se hace preciso abordar la cuestión en sus proporciones globales para toda la guerra. Porque importa mucho determinar el volumen y la calidad de la ayuda extranjera recibida por ambos bandos.

²⁴ *España traicionada*, Barcelona, Planeta, 2002, p. 335.

²⁵ *España traicionada*, documento 33, p. 174.

²⁶ *Guerra y revolución en España*, 1936-1939, 4 vols., Moscú, Progreso, 1966-1977.

En su reactualización de las tesis franquistas, Pío Moa no abriga dudas. Ya en el prólogo advierte que «los envíos (de la URSS) prácticamente *equilibraron* los de sus contrarios» (p. 15). Y al abordar el inicio de la intervención soviética «a finales de septiembre» (recordemos que fue a principios de octubre de 1936), vuelve a señalar: «la guerra iba a experimentar un brusco giro, con una intervención soviética *muy superior* a la de Alemania, Italia y Francia» (p. 387). Dos páginas después sentencia contra toda evidencia: «Moscú justificó su masiva transgresión del acuerdo de No Intervención alegando las vulneraciones italianas y alemanas (exceptuó las francesas), pese a que *éstas no alteraban el balance de fuerzas*». Y continúa subrayando que la «masiva» intervención soviética fue la más importante y la que cambió la naturaleza de la participación extranjera en la guerra: «*A mediados de octubre*) la URSS había *enviado ya 56 aviones*) que variaban *radicalmente* el balance de fuerzas aéreo no sólo *en cantidad* sino, lo que es más importante, *en calidad*» (p. 401). La lógica consecuencia: Franco solicitó de Alemania e Italia los refuerzos para *contener* esa «masividad y calidad de su intervención [soviética]» (p. 407). Y ambas potencias respondieron afirmativamente para *replificar* a Stalin: «Franco admitió el aflujo masivo de extranjeros para *compensar* a las brigadas internacionales» (p. 406).

Toda la narración de Pío Moa induce a creer una falsedad notoria: que el *equilibrio* existente entre la ayuda material respectiva en septiembre de 1936 fue *roto masivamente* por el arribo de ayuda de la URSS y este fenómeno obligó a las potencias del Eje a *replificar* y *restablecer el equilibrio*. Algo bien conocido. Pero falaz.

Excusamos reiterar que a finales de septiembre de 1936 no existía tal «equilibrio» de apoyos militares entre republicanos y franquistas. A fecha de 3 de septiembre de 1936 Franco había recibido **141** aviones de combate procedentes de Alemania (73 aparatos) y de Italia (56 aparatos), mientras que la República había logrado importar 60 aparatos de diversa procedencia y en su mitad civiles y desarmados. El inicio del arribo de la ayuda soviética *no rompió un equilibrio masivamente*) sino que *trató de establecerlo por primera vez*. Y su impacto en el frente de batalla fue inmediato, lo que induce graves dudas sobre la supuesta irrelevancia de los suministros militares en la marcha de las operaciones bélicas. ¿Qué volumen cuantitativo tuvo esa llegada «masiva» de armamento soviético? Podemos saberlo a ciencia cierta gracias a los registros mantenidos por el ejército soviético y a los

informes proporcionados por éste al mariscal Voroshilov, comisario de Defensa, custodiados en el «fondo Voroshilov» del Archivo Militar del Estado Ruso ²⁷.

A tenor de los informes soviéticos podemos desmentir la afirmación de que «a mediados de octubre de 1936 la URSS había enviado ya 56 aviones». *Para esa fecha sólo habían llegado 10 aviones* de bombardeo en un mercante arribado el día 15. Cuatro días más tarde llegarían otros 10 aviones idénticos por igual vía. Y el día 21 llegaría otra decena. Sólo el día 28 llegaría un nuevo transporte con 25 cazas. En total, a finales de octubre los aviones remitidos desde la URSS habían alcanzado la cifra de 55 aparatos (uno menos de los apuntados por Pío Moa para una quincena antes). Pretender que «desequilibraron» la situación en beneficio republicano es más que inexacto: es una impostura indefendible en el plano historiográfico. En todo caso, habría que decir que «equilibraron» (relativamente) la situación y pusieron coto (brevemente) al dominio indisputado del aire que habían disfrutado los franquistas gracias al volumen y calidad de la ayuda italo-germana. Ésa es la cruda verdad probada de la cuestión. Salvo que sostengamos la hipótesis absurda de que el servicio secreto soviético redactaba registros internos falsos, quizá para engañar a sus superiores, como si esa opción hubiera sido posible en un régimen totalitario.

Por si fuera poco, esa abusiva concentración de Pío Moa en los términos cuantitativos de los envíos militares soviéticos de octubre de 1936 se compadece mal con la falta de atención a los términos cuantitativos de la supuesta «réplica» obligada de Alemania e Italia. y lo cierto es que esa respuesta superó con mucho, en cantidad y calidad, las remesas soviéticas. De hecho, aunque apenas aparece mencionado en la obra de Pío Moa (una breve referencia sin cuantificación en p. 406), entre el 6 y el 18 de noviembre de 1936 Hitler envió a España un total de 92 aviones de combate con más de 3.800 pilotos y técnicos de mantenimientos. En pocas semanas, la nueva unidad aérea llegaría a contar con una fuerza regular de 140 aviones a los que asistían un batallón de 48 tanques y otro de 60 cañones antiaéreos, a la par que sus efectivos alcanzaban los 5.600 hombres ²⁸.

²⁷ Los datos estadísticos fueron publicados por HOWSON, G.: *Armas para España*, op. cit., pp. 382-418.

²⁸ WHEALEY, R: *Hitler and Spain*, pp. 48-50 Y 189, Y PROCTOR, R. L.: *Hitler's Lu/twaf/e in the Spanish Civil War*, passim.

Mussolini no quedó a la zaga. Entre diciembre de 1936 y enero de 1937 remitió a España un auténtico cuerpo de ejército expedicionario: el Carpo di Truppe Volontarie (que Pío Moa apenas menciona en la p. 406 para decir que llegó a «*equipararse* en número a los brigadistas en febrero, y luego superarlos»). Fue algo más: su número llegaría a su cumbre en febrero de 1937 con 48.823 efectivos. Según el «Ufficio Spagna», a 1 de diciembre de 1936 Italia había remitido a Franco 118 aviones de combate, mientras que Alemania había remitido 162²⁹.

En otras palabras: la masiva intervención militar italo-germana en favor de Franco (completada por el reconocimiento *de iure*) el 18 de noviembre de 1936) marcó un punto de no retorno en la intervención extranjera en la guerra civil. De hecho, la ayuda del Eje remitida en torno a las Navidades de 1936-1937 volvió a romper de manera irreversible el precario equilibrio logrado tras la arribada de la ayuda soviética, dado que esa reactivación de envíos italo-germanos adoptó un patrón de medida y regularidad que no pudo (ni quiso) ser compensado por las ulteriores remesas soviéticas (10 había advertido Litvinov en agosto: «un abastecimiento de tal volumen que nos sería imposible igualarlo»). ¿Por qué? Por la limitada capacidad de la industria bélica soviética y por las dificultades logísticas para dichos envíos: «la distancia que nos separa de España hace muy difícil la posibilidad de prestar cualquier forma de ayuda militar» (así razonaba internamente la diplomacia soviética en agosto de 1936)³⁰. Y porque había razones supremas político-estratégicas. El propio Stalin se lo dijo al embajador republicano en Moscú, como transmitió éste a Azaña en el verano de 1937:

«Terminantemente [Stalin] le reitera que aquí no persiguen ningún propósito político especial. (...) Pretenden impedir, oponiéndose al triunfo de Italia y de Alemania, que el poder o la situación militar de Francia se debilite (...) El gobierno ruso tiene un interés primordial en mantener la paz. Sabe de sobra que la guerra pondría en grave peligro al régimen comunista. Necesitan años todavía para consolidarlo. Incluso en el orden militar están lejos

²⁹ COVERDALE, J.: *La intervención fascista en la guerra civil*, *ap. cit.*, pp. 116, 164 Y 168, Y SAZ, I., y TUSELL, J.: *Fascistas en España. La intervención italiana en la guerra civil a través de las telegramas de la «Missiane Militare Italiana in Spagna»*, Madrid, CSIC, 1981, pp. 23-30.

³⁰ Según transcribe HASLAM, I.: *The Soviet Union and the Struggle for Collective Security*, p. 112.

de haber logrado sus propósitos. Escuadra, apenas tienen, y se proponen construirla. La aviación es excelente, según se prueba en España. El ejército de tierra es numeroso, disciplinado y al parecer bien instruido. Pero no bien dotado en todas las clases de material (...) Gran interés en no tropezar con Inglaterra»³¹.

En función de esos límites de la ayuda soviética, desde la primavera de 1937 y hasta el arranque de la ofensiva de Cataluña, la República libró una guerra a la defensiva, siempre con problemas de abastecimiento militar, dependiendo de la espasmódica llegada de armamento soviético y sin conseguir otras fuentes seguras de suministro alternativo (fuera francés o mexicano). Por eso yerra Pío Moa al escribir: «Los nacionales [en abril de 1937] *conservaban una superioridad cualitativa* pero *mucho menos acusada* que en el período anterior, mientras que *la ventaja material y técnica seguía del lado populista*» (p. 428). Lo primero podría admitirse aclarando en qué consiste esa «superioridad cualitativa»; lo segundo es inadmisibile por contrario a la evidencia histórica. Más inadmisibile es el supuesto de que existió un equilibrio de suministros característico del conjunto de la guerra: «en la carrera por los suministros los nacionales resolvieron con mayor habilidad sus problemas y obtuvieron, con muchos menos recursos, *una cantidad de armas comparable* a la de sus enemigos» (p. 521). Es un juicio falso: el desequilibrio de recursos bélicos fue una constante y se acentuó hasta extremos angustiosos desde el verano de 1937. En el plano aeronáutico se llegó a un *desequilibrio* que Howson ha cuantificado:

«Puede afirmarse que los republicanos tuvieron disponible durante la guerra civil una fuerza aérea de combate efectiva de entre 950 y 1.060 aparatos, de los cuales 676 (o como máximo 753) procedían de la Unión Soviética. En el mismo período, los nacionalistas dispusieron de una fuerza de combate aérea efectiva de 1.429-1.539 aparatos, de los cuales 1.321-1.431 procedían de Alemania e Italia»³².

Para corroborar esa falta de «equilibrio» entre las aeronáuticas combatientes, quizá sea oportuno reproducir un informe del servicio secreto militar británico realizado en el verano de 1939 (procedente del Archivo de los Jefes de Estado Mayor del Reino Unido y custodiado en el

³¹ AZAÑA, M.: *Memorias de guerra*, Barcelona, Grijalbo, 1996, pp. 74-75.

³² HÜWSON, G.: *Aircraft at the Spanish Civil War*, p. 305.

Public Record Office de Londres bajo la signatura archivística CAE 54/6). Ofrece una fidedigna comparación entre ambas fuerzas armadas y subraya que la entidad en número de hombres de ambos ejércitos era equiparable, aunque sus recursos fueran desequilibrados. Merece la pena reproducir su evaluación con una advertencia: la cifra de agosto de 1936 refleja la división operada en la flota aérea española tras el estallido de la guerra, apenas computa todavía las aportaciones extranjeras y básicamente concuerda con los cálculos historiográficos («quedaron con el gobierno algo más de los dos tercios», según Ramón Salas, *Los datos exactos de la guerra civil*, p. 79):

Aviación en España
(incluyendo la de potencias extranjeras. Todos los tipos)

	<i>Republicanos</i>	<i>Nacionalistas</i>
Agosto de 1936	160	120
Septiembre de 1937	215	455
Noviembre de 1938	250	662

La fuerza aérea nacionalista consistía en: *a*) fuerza área española, utilizando personal español y material italiano y germano; *b*) la «Aviazione Legionaria» italiana, y *e*) la «Legión Córdor» alemana. Ambas últimas son realmente contingentes «regulares».

La aviación republicana en sus etapas iniciales consistía en: *a*) la fuerza aérea republicana española, compuesta por personal español y extranjero y material ruso y francés, y *b*) los escuadrones rusos. En 1938 el material nuevo era principalmente ruso pero el personal ruso había sido en gran medida reemplazado por españoles.

El resultado de esa falta de equilibrio, que llegó a ser incontestable durante la ofensiva final sobre Cataluña (iniciada el 23 de diciembre de 1938), puede ser demostrado por informes de esta misma procedencia (la más neutral en toda la guerra, como reconocerían las cancillerías europeas y los contendientes españoles). A finales de enero de 1939, el representante diplomático británico ante la República comunicaría a su gobierno las razones del colapso de la resistencia que preludiaba la derrota definitiva:

«La situación militar era muy grave. La escasez de material bélico era enorme. La artillería estaba reducida a menos de doce cañones por división

y éstos estaban desgastados por el uso constante. En aviación, la inferioridad del gobierno era aproximadamente de un avión por cada seis enemigos. No tenían siquiera suficientes ametralladoras»³³.

Sobre el volumen de los efectivos humanos de origen extranjero que tomaron parte en la guerra Pío Moa escribe:

«Expresión de la emocionalidad ideológica fue también el aflujo de gentes de muy diversas naciones y orígenes, desde obreros a intelectuales, para alistarse en España. La Comintern aprovecharía esas emociones para formar, *con decenas de miles de voluntarios*, las famosas Brigadas Internacionales. Los rebeldes admitirían *unos pocos millares* de portugueses, irlandeses y otros, *aparte de unidades* militares italianas y alemanas, más o menos voluntarias. La URSS iba a mandar *fervorosos asesores y tropas especiales*» (p. 348).

El párrafo es antológico por lo que dice y cómo lo dice: «decenas de miles» frente a «unos pocos millares», «aparte» italianos y alemanes y con la presencia de «fervorosos» (los otros no parecen serlo) asesores soviéticos como «tropas especiales» (las otras parecen ser «del montón»). En todo caso, en nota al pie de la página 516, aborda el tema con menos vaguedad:

«Lucharon unos 70.000 italianos, 15.000 alemanes, y menos de un millar de portugueses y otros tantos irlandeses, en la zona nacional. Los brigadistas internacionales solían cifrarse en 35.000 aunque Jesús y Ramón Salas muestran convincentemente, a partir del número de bajas, que debieron de ser en torno al doble (...) Los oficiales y especialistas rusos sumaron, oficialmente, unos 2.000, pero en realidad debieron de alcanzar una cifra cercana a la de los alemanes e.) De los marroquíes, vinieron a España unos 70.000».

A tono con lo que ha sido siempre la versión franquista, Pío Moa infracuantifica el volumen de extranjeros que lucharon en el bando vencedor y sobredimensiona el número de extranjeros que combatieron en el bando derrotado. Y no cabe excusa alguna para esta operación de desinformación gratuita.

¿Por qué reitera la cifra de «unos 70.000 italianos» al evaluar el número de soldados remitidos por Mussolini? Hace ya mucho

³³ Informe reproducido en MORADIELLOS, E.: *La perfidia de Albión. El gobierno británico y la guerra civil española* (Madrid, Siglo XXI, 1996, p. 337).

que sabemos su cifra exacta porque procede el organismo italiano que gestionó su envío, estancia y repatriación: el «Ufficio Spagna» del Ministerio de Asuntos Exteriores italiano. Además, la cifra total y sus pormenores fue publicada por John Coverdale ya en el año 1975 en inglés (1979 en español). A tenor de esa fuente indisputada, Mussolini remitió (sin carácter «voluntario» alguno) a 72.775 hombres: 43.129 del ejército y 29.646 de la Milicia. A ese número hay que sumar 5.699 hombres de la «Aviazione Legionaria». Lo que da un resultado total de 78.474 combatientes ³⁴.

La cifra de 15.000 alemanes resulta más cercana a la realidad. Pero no deja de ser menor (en varios miles) de la comprobada documentalmente por los especialistas. Según Whealey, «el número de tropas alemanas enviadas a España por vía marítima fue de 16.846 (...) Además, unos 31 hombres murieron en el acorazado *Deutschland*, no incluidos en esta cifra» ³⁵. Como esa cifra no recoge las tropas enviadas por vía aérea, Proctor concluye que el número total de combatientes alemanes con Franco llegó a ser de «19.000 hombres». Es la misma cifra recogida por Viñas: «unos 19.000 soldados, en rotación, altamente especializados y entrenados» ³⁶.

La cifra del «millar» dada para irlandeses y portugueses tampoco es acertada, en un caso por leve exceso y en el otro por craso defecto. Según Robert A. Stradling, el contingente de católicos irlandeses que lucharon con Franco ascendió a 700 hombres ³⁷. Por el contrario, según fuentes portuguesas y británicas, los voluntarios autorizados por Salazar para servir con las tropas españolas (los "Viriatos") llegarían a una cifra máxima de 10.000 efectivos ³⁸. Como ha recordado un autor reciente: «lo cierto y verdad es que si bien hubo varios miles de voluntarios lusos, los verdaderos «Viriatos» no llegaron a los dos centenares [jefes y oficiales de la Misión Militar Portuguesa en España]» ³⁹.

³⁴ COVERDALE, J.: *La intervención fascista en la guerra civil*, op. cit., p. 350.

³⁵ WHEALEY, R.: *Hitler and Spain*, op. cit., pp. 205-206.

³⁶ VIÑAS, Á.: *Franco, Hitler y el estallido de la guerra civil*, op. cit., p. 453, Y PROCTOR, R. L.: *Hitler's Luftwaffe in the Spanish Civil War*, op. cit., p. 253,

³⁷ «Campo de batalla de las reputaciones: Irlanda y la guerra civil española», en PRESTON, P. (ed.): *La República asediada*, pp. 131-132.

³⁸ OLIVEIRA, C.: *Salazar e a guerra civil de Espanha*, Lisboa, o Jornal, 1988, pp. 244-247, Y STONE, G.: *The Oldest Ally. Britain and the Portuguese Connection, 1936-1941*, Londres, The Royal Historical Society, 1994, pp. 11-12.

³⁹ MESA GUTIÉRREZ, J. L. de: «Voluntarios portugueses en las filas nacionales», *Revista española de historia militar*, núm. 16, 2001, p. 164.

En conjunto, se podría avanzar unas cifras mínimas seguras (excepto en el caso portugués) para computar el número de extranjeros que lucharon con el bando franquista: 78.474 italianos; 19.000 alemanes; 10.000 portugueses y 700 irlandeses. En total: unos 108.000 hombres (descontando los 70.000 marroquíes que tomaron parte en la guerra como integrantes de las Tropas de Regulares Indígenas, difícilmente clasificables como «españoles») 40.

Las cifras de Pío Moa sobre combatientes extranjeros en el bando republicano reflejan todavía mayor desviación numérica respecto al cómputo avalado por solventes estudios historiográficos. Para empezar, sus dudas sobre la cifra de un máximo de 2.000 soviéticos en España no tienen base documental. Tampoco la temeraria sugerencia de que podrían haber sido 15.000 (como la supuesta cifra de alemanes). La apertura de los archivos militares ex soviéticos no ha reportado novedades: las «fervorosas tropas especiales» soviéticas fueron de ese orden numérico limitado a dos millares, sin que por ello fuera menor su influencia militar o política (excusamos insistir en ello).

En el caso del contingente de voluntarios que formaron las Brigadas Internacionales, el cálculo ofrecido es descabellado y se sitúa en la tradición franquista de «inflar» ese número para subrayar el carácter cuasi-extranjero de la notable resistencia republicana. Y esto es particularmente reprochable porque desde hace años conocemos el volumen y composición de esos efectivos gracias a cómputos fidedignos y reservados (no destinados a publicación) efectuados por la Internacional Comunista y por el servicio de seguridad militar soviético (cuyos fondos están en los ya citados archivos moscovitas). Basándose en el archivo de la Comintern, Rémi Skoutelsky ha estimado con alto grado de certeza que la cuantía total de estas unidades fue de 34.111 individuos (32.165 interbrigadistas y el resto «elementos repartidos en el ejército español») 41. Su cómputo se ve corroborado por un informe del servicio secreto militar ruso para el mariscal Voroshilov el 26 de julio de 1938. Según este documento, publicado por Ronald Radosh, a finales de abril la Comintern había registrado a

40 MADARIAGA, M. R. de: *Los moros que trajo Franco. La intervención de tropas coloniales en la guerra civil española*, Barcelona, Martínez Roca, 2002.

41 *L'Espoir guidait leurs pas Les volontaires français dans les Brigades Internationales*, París, Grasset, 1998, p. 330.

31.369 voluntarios en las Brigadas Internacionales durante toda la guerra (nunca hubo más de 12.000-15.000 al mismo tiempo) ⁴².

En definitiva, ese número máximo de 35.000 interbrigadistas (no 70.000), sumado a 2.000 soviéticos (no 15.000), sigue dejándonos en una cifra muy inferior a los más de cien mil combatientes extranjeros que luchaban al otro lado de las trincheras. Un caso más de falta de «equilibrio» singularmente relevante.

Cuarta cuestión: la trascendencia de la intervención extranjera

La última de las grandes cuestiones que rodean la polémica historiográfica sobre la intervención extranjera en la guerra civil tiene un carácter ponderativo: ¿hasta qué punto fue trascendente para el curso y desenlace de la guerra? ¿Tuvo el contexto internacional, con sus correspondientes potencias intervencionistas y no-intervencionistas, un efecto directo y crucial en el desarrollo de la guerra y en la naturaleza de su terminación con una victoria total y una derrota absoluta?

Pío Moa se adscribe a la versión tradicional franquista y desarrollada por la historiografía afecta al régimen: ese contexto e intervención no tuvieron importancia esencial porque la ayuda recibida por ambos bandos fue nivelada y dicho equilibrio contrarrestó su posible incidencia. En consecuencia, la victoria sin condiciones del bando liderado por Franco y la derrota sin paliativos cosechada por los republicanos respondieron a otras razones internas: la mayor capacidad de combate de las tropas de Franco y el mejor aprovechamiento de sus recursos; el mayor orden y eficacia del aparato administrativo insurgente y de sus políticas; el superior entusiasmo de la población civil y la mayor confianza popular en la justicia de su propia causa; etc. Con su corolario lógico: el bando enemigo fracasó o fue peor en todas esas facetas y sus errores explican su derrota. Basta leer a Pío Moa para comprobar que lo dicho no es una caricatura tergiversadora:

«La presunción, implícita o explícita en multitud de análisis, de que la suerte de la contienda dependía del suministro de armas, carece de sentido si se olvida el elemento realmente clave: la solidez orgánica y moral del

⁴² *Elpaña traicionada*, p. 549.

ejército y la calidad de su mando, sin los cuales el mayor aporte de armas resulta poco útil, tal como la ayuda económica a regímenes corruptos suele perderse como el agua en la arena. Por otra parte, la habilidad para adquirir armas es una manifestación de la calidad del mando» (p. 515).

Esta devaluación de la trascendencia de las fuentes de suministros militares en el conflicto se sostiene en la premisa de que ambos bandos tuvieron básicamente la misma ayuda, de modo que el «equilibrio» resultante aminoró el efecto de la intervención extranjera. Por supuesto, también se devalúa el efecto que tuvo la no-intervención de otras potencias en el propio conflicto, particularmente la inhibición de Francia respecto a la suerte de la República y el compromiso estrictamente neutralista de Gran Bretaña. Pío Moa desarrolla esta versión con mención de sus autores de referencia y denuesto de otros poco considerados:

«Si en la carrera por los suministros los nacionales resolvieron *con mayor habilidad* sus problemas y obtuvieron, *con muchos menos recursos*, una *cantidad de armas comparable* a la de sus enemigos, debe concluirse que *manejaron sus asuntos con brillantez*. Su gestión financiera fue *mucho más sobria y sana*, negociaron con *mucho más independencia y control* de las compras que sus contrarios, y lograron *condiciones de pago excelentes*.

La atención a estos hechos permite afirmar, contra lo que creen Howson y otros, que *la No Intervención distó de tener efectos determinantes sobre el curso de la guerra*. Nacionales y populistas se quejaron de ella, pero, según los hermanos Salas Larrazábal, su acción *consistió básicamente en equilibrar los suministros*. Otra escuela insiste en que la No Intervención puso una soga al cuello de la "república", abandonada inexplicablemente por sus socios naturales, las democracias, y arrojada por ellos en brazos de Stalin. La tesis desafía de tal modo la evidencia en cuanto al carácter del Frente Popular, que en ese sentido no merece mayor atención. Tanto Francia como Inglaterra tenían buenas razones para mantener dicho equilibrio» (p. 521).

Como parte que somos de esa «escuela» de Howson «y otros», empecemos diciendo que negamos la premisa mayor: nunca fue verdadero el supuesto «equilibrio» de la ayuda militar extranjera recibida por ambos bandos (ni en momentos puntuales ni en su carácter global). Habida cuenta de ese hecho, lo que resulta llamativo (y ha sido notado por testigos y analistas posteriores) es la capacidad de resistencia militar ofrecida por la República a lo largo de casi tres años de guerra a la defensiva y en desventaja.

Hay una prueba positiva de la crucial importancia de la injerencia extranjera en la contienda: cuando el golpe militar parcialmente fracasado devino en una verdadera guerra civil, ambos contendientes optan por recurrir a la demanda de ayuda extranjera porque, simplemente, carecían de los pertrechos bélicos necesarios para librar un combate prolongado y de envergadura. Recuérdese lo que han escrito múltiples autores (incluyendo Ramón Salas Larrazábal): a la altura de finales de julio de 1936, la distribución de fuerzas materiales entre los dos bandos contendientes ofrecía la imagen de un empate virtual imposible de alterar con la movilización de los recursos propios disponibles. Y nada en esa situación coyuntural hacía presagiar una victoria total o una derrota sin paliativos por parte de nadie. Reflexionaba Azaña desde su exilio en Francia:

«Una barrera "sanitaria" a lo largo de las fronteras y costas españolas, habría en pocos días dejado a los españoles sin armas ni municiones para guerrear, y como no iban a pelearse a puñetazos, hubieran tenido que rendirse, no a esta o a la otra bandera política, sino a la cordura, y hacer las paces, como pedía el interés nacional»⁴³.

Por eso tuvo una importancia vital la decisión germano-italiana de intervenir en apoyo de Franco, salvando una situación grave y permitiendo a éste retomar la iniciativa estratégica y emprender la ofensiva con un vigor que ya nunca perdería. Con igual carácter vital, la decisión soviética de acudir en auxilio de la República en octubre de 1936 permitió la resistencia de Madrid frente al asalto franquista y sostuvo después la estrategia defensiva del bando gubernamental. Y no fueron éstos los únicos momentos en los que el contexto internacional tuvo efecto vital para el curso de la contienda. En varias ocasiones volvió a incidir sobre el escenario bélico español, e hizo imaginable una resolución del mismo bajo la forma de una mediación internacional o de una capitulación negociada:

1. Durante la primavera de 1937, en virtud de la inquietud británica por la escalada intervencionista italo-germana, al compás de la puesta en funcionamiento del efímero control naval y terrestre patrocinado por el Comité de No Intervención, y aprovechando la derrota franquista e italiana en la batalla de Guadalajara.

⁴³ AZAÑA, M.: *Causas de la guerra de España* op. cit.) p. 34.

2. En el verano de 1937, en vista de la crisis diplomática desatada por la política exterior alemana y en función del cambio de situación en la República con la formación del gobierno de Negrín y las primeras ofensivas del ejército republicano.

3. En septiembre y octubre de 1937, con motivo de la crisis provocada por los indiscriminados ataques submarinos italianos en el Mediterráneo y la enérgica respuesta anglo-francesa en la Conferencia de Nyon.

4. En marzo de 1938, tras la anexión de Austria por Alemania y la formación del último gobierno frentepopulista de Blum en Francia, que consideró una ayuda directa a la República y abrió por tres meses su frontera pirenaica al paso de armas.

5. En septiembre de 1938, cuando la presión alemana sobre Checoslovaquia estuvo a punto de desencadenar la guerra, contingencia evitada por los gobiernos británico y francés mediante el Acuerdo de Múnich y la cesión a las demandas nazis.

Sin embargo, la guerra civil no terminó con una mediación internacional ni con una negociación de condiciones de capitulación. La abrumadora derrota republicana sería explicada por Azaña en 1939 por un conjunto de razones ya citadas en la introducción de este volumen: la no-intervención franco-británica, las divisiones políticas intrarreplicanas, la intervención italo-germana y la conducta de Franco. También se ha indicado en dicha introducción que historiadores como Raymond Carr y Juan Pablo Fusi han refrendado básicamente esas explicaciones con ligeras alteraciones en la prioridad. En conjunto, parece indudable que el contexto internacional (con el cuadro de apoyos e inhibiciones exteriores concurrente) tuvo un impacto vital en la forma en que ambos bandos hicieron frente a la «Guerra Total» en el plano estratégico-militar, en el ámbito económico-institucional y en el orden político-ideológico. Y, como subraya Pío Moa, el bando franquista fue superior al republicano en la imperiosa tarea de configurar un ejército combatiente bien abastecido, construir un Estado eficaz para regir la economía de guerra y sostener una retaguardia civil unificada y comprometida con la causa bélica. Pero, al contrario de lo que afirma Pío Moa, el contexto internacional en el que se libró la contienda impuso condiciones favorables y obstáculos gravosos en el cumplimiento de esas tareas.

En otras palabras: la rotunda victoria absoluta e incondicional lograda por Franco no resulta comprensible sin la constante y sis-

temática ayuda militar, diplomática y financiera prestada por Hitler y Mussolini; del mismo modo que la derrota total y sin paliativos cosechada por la República resulta inexplicable sin los efectos logísticos y morales de la No Intervención patrocinada por las potencias democráticas. A efecto de prueba, nos limitaremos a recordar dos juicios confidenciales, ambos de origen no español y de poca o nula simpatía por la causa republicana. El primero procede del agregado militar británico en España, se cita ampliamente en la introducción de este número monográfico y enunciaba como primera razón de la victoria franquista «la persistente superioridad material durante toda la guerra de las fuerzas nacionalistas en tierra y en el aire» (atribuyendo «el problema de abastecimiento de armas de las fuerzas republicanas» al sistema de No Intervención). Su acierto resulta corroborado por un segundo testimonio: el informe remitido a Berlín por el embajador alemán en España en vísperas del colapso de la resistencia republicana:

«La explicación de la decisiva victoria de Franco reside en la mejor moral de las tropas que luchan por la causa nacionalista, así como en su gran superioridad en el aire y en su mejor artillería y otro material de guerra. Los rojos, todavía sacudidos por la batalla del Ebro y en gran medida lastrados por su escasez de material bélico y sus dificultades de suministros alimenticios, fueron incapaces de resistir la ofensiva»⁴⁴.

En definitiva, parece indudable que el contexto internacional conformado por la política de No Intervención (con su cuadro asimétrico de apoyos e inhibiciones y el consecuente desequilibrio de suministros militares y de otro tipo) incidió de manera directa sobre el esfuerzo de guerra de ambos bandos y sobre sus ineludibles tareas para hacer frente a la Guerra Total. Y en este engarce y conexión dialéctica entre contexto internacional y circunstancias internas se fueron labrando las razones de una victoria total y los motivos de una derrota sin paliativos. Por eso está equivocado el señor Moa al señalar que «la No Intervención distó de tener efectos determinantes sobre el curso de la guerra» y que la cuestión «no merece

⁴⁴ Despacho del 19 de febrero de 1939, recogido en la colección *Documents on German Foreign Policy* (1918-1945) serie D, vol. 3, *Germany and the Spanish Civil War*, Londres, HMSO, 1951, documento núm. 740, p. 844.

mayor atención». Todo lo contrario. A menos que se desista de comprender todos los factores que configuran un fenómeno histórico y se desprecien las pruebas documentales, irreconciliables con los propios deseos apriorísticos. Pero entonces ya no hacemos Historia: cultivamos Mitos.